

las fachadas estrechas de la calle del Molino de Viento, los dormidos jardines de la Patriarcal.

La noche estaba tranquila, el calor suave; Luisa hubiera deseado, sin saber por qué, rodar siempre por las calles, ó en un camino sin fin, entre las verjas sombrías de lujosas quintas, balanceada por el movimiento del carruaje, sin preocupaciones. Luisa soñaba con una dicha que no distinguía claramente.

Un grupo pasó ante la Escuela Politécnica tocando en la guitarra el *Fado de Vimioso*. Aquellos sonidos penetraron en su alma como una ligera brisa, que agitaba dulcemente en su corazón el recuerdo de sensaciones pasadas. Un suspiro se escapó de sus labios entreabiertos.

—Un suspiro que va al Alentejo.—dijo doña Felicidad, tocándole en el brazo.

Luisa sintió agolparse toda la sangre á su rostro.

Cuando entró en su casa daban las once. Juliana salió á alumbrar la escalera.

—El te está dispuesto para cuando quiera la señora.

Luisa entró en su cuarto y salió poco después.

Habíase puesto un gran peinador blanco. Estaba muy cansada. Se extendió en su *voltaire*. Sentía venir el sueño, su cabeza vacilaba, sus párpados se cerraban. Juliana no traía el te. La llamó. ¿Dónde estaba?

Había bajado de puntillas al cuarto de Luisa y tomando la falda y las enaguas que su señora había dejado sobre el confidente, las volvía y revolvía examinándolas, oliéndolas con cierta secreta sospecha. Todo tenía el aroma vago de un cuerpo sano y caliente, una mezcla de sudor y agua de colonia. Cuando se oyó llamar con impaciencia, subió apresuradamente.

—Ya estaba servido el te, señora. Don Sebastián ha venido á las nueve.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Que la señora había salido con doña Felicidad. No he podido decirle á donde porque no lo sabía... Don Sebastián se ha estado hablando conmigo más de media hora.

*
*
*

En la mañana del siguiente día recibió Luisa un *bouquet* de rosas magníficas, de un rojo magenta obscuro, que le envió Sebastián.

El cultivaba esas rosas en su quinta de Almada, y algunos las llamaban rosas de don Sebastián. Luisa las hizo colocar en los jarrones de la sala. Después, como el cielo estaba cubierto, y el calor era sofocante, mandó abrir las ventanas.

—Veremos si hoy aparece el mirlo,—pensó Juliana.

El *mirlo* apareció efectivamente á las tres. Luisa estaba en el salón sentada al piano.

—Ese caballero de costumbre, ya está ahí,—vino á decir Juliana.

Luisa enrojeció, escandalizada de la frase.

—¡Ahl mi primo Basilio; que entre... ¡Oiga! Si don

Sebastián ó cualquiera otra visita viene, que pasen.

¡El forastero era su primo! Para Juliana habían perdido aquellas visitas todo interés. Su malignidad caía como una vela por falta de viento.

¡Era un pariente de la señora!

Lentamente subió á la cocina.

—Hay novedades, señora Juana. El lechuguino es un pariente. Según parece, es el primo Basilio... ¡Basilio! Nos ha llegado un primo á última hora.

—¿Quién podía ser ese hombre, sino un pariente? —observó Juana.

La otra no respondió.

Miró si las planchas estaban calientes, porque tenía una carga de ropa blanca. Como no lo estaban, sentóse al pie de la ventana. El cielo aparecía gris y la atmósfera cargada de electricidad y de agua. De tiempo en tiempo, ligera ráfaga de viento agitaba los follajes lejanos.

Juliana cavilaba.

—Solamente viene cuando el marido esta fuera...

¡Buena es esa! Cuando el lechuguino se va, ella queda preocupada, suspira, tiene ojeras. ¡Todo pasa entre familia!

Sus ojos brillaron con júbilo maligno.

Las campanilla sonó muy fuerte.

—¡Qué suerte más perra! ¡Es día de audiencia!

Bajó rezongando, dió un grito de sorpresa al encontrarse con Julián. El médico traía un libro bajo el brazo.

—Entre usted, don Julián; la señora está con su primo, pero ha dado orden de recibir.

Radiante de poder interrumpir el coloquio, abrió la puerta del salón.

—¡El señorito Julián!—gritó con voz aguda.

Luisa presentó á entrambos señores.

Basilio apenas se levantó del sofá. Con mirada de

irónica sorpresa examinó á Julián desde las greñas hasta sus botas mal lustradas.

—¡Qué salvaje!—dijo entre sí.

Luisa comprendió y sonrojose avergonzada de Julián.

¡Qué idea formaría Basilio de los amigos de la casa en vista de aquel hombre desastrado, con el cuello mugriento y la levita raída y mal hecha! Instintivamente, por un sentimiento de femenil vanidad, su fisonomía adquirió un aire reservado, casi seco, como si aquella visita la hubiera sorprendido y aquel perjeño la hubiera indignado.

Julián comprendió vagamente que su presencia en aquel momento era enojosa. Con cierto embarazo dijo, acomodándose los anteojos:

—La casualidad me ha hecho pasar por aquí. Se me ocurrió subir para saber qué noticias tiene usted de Jorge.

—¡Gracias! Me ha escrito: está bien.

Basilio, hundido en el sofá, con abandono familiar, contemplaba sus zapatos de charol, y sus calcetines de seda bordados con puntos rojos.

Parecía distraído y acariciaba lánguidamente su bigote, alzando el dedo pequeño, en el que brillaban un zafiro y un rubí engastados en dos aros de oro.

La afectación de esta actitud y el brillo de las joyas ofendieran á Julián.

Entonces, queriendo demostrar su intimidad, dijo:

—Estos días no he venido á hacer á usted compañía porque estoy excesivamente ocupado.

—Mil gracias.

Luisa había enrojecido. Luego, procurando quitar toda importancia á esta familiaridad, arreglándose los pliegues de su bata, continuó:

—Estos últimos días no estuve buena del todo. No

he recibido á nadie, exceptuando, como es natural, á mi primo.

Julián entendió confusamente que le reprendían. Sorprendido, atortolado, cruzó una pierna sobre otra, con el libro en las rodillas. Como el pantalón le estaba corto, se veía los elásticos de sus botas contrahechas por el uso.

Hubo un momento de penoso silencio.

—¡Qué lindas rosas!—dijo Basilio con negligencia.

—Muy lindas,—respondió Luisa.

Compadecida de Julián, sonrió y buscó una frase amable para resarcirle.

—¡Qué calor!—dijo por fin precipitadamente.—¡Es morir! ¿Tiene usted muchos enfermos?

—Colerinas. Las frutas son casi siempre la causa de esas indisposiciones al vientre.

Luisa bajó la vista. Basilio se puso en seguida á hablar de la vizcondesita de Aceías. La había dejado encantadora ¿Y qué había sido de la mayor de sus hermanas?

Esta conversación sobre señoras de la nobleza que Julián no conocía, le aislaba completamente y le humillaba. Sentía su cuello bañado en sudor. Maquinalmente abría y cerraba el grueso volumen de cubierta amarilla.

—¿Es alguna novela?—le preguntó Luisa.

—No. Es el tratado del doctor Lee sobre las enfermedades del útero.

Luisa se ruborizó y Basilio sonriendo le preguntó que había sido de Rafaela Grijó. Aquella señora que llevaba lentes y tenía un cuñado tartamudo...

—Su marido murió y ella casó después con su cuñado.

—¿Con el tartamudo?

—Sí, y tienen un niño tartamudo también.

—Será terrible una conversación en familia.

—¿Y doña Eugenia, la de Braga?...

En este momento Julián, no pudiendo resistir más se levantó.

—Tengo prisa, y no puedo detenerme más. Cuando escriba usted á Jorge, mis recuerdos,—dijo con voz ahogada.

Apenas hizo una inclinación de cabeza á Basilio, más no hallaba su sombrero que había rodado debajo de una silla, se enredó en el portier, chocó violentamente contra la puerta cerrada, y salió por fin furioso, deseando vengarse, odiando á Luisa, á Jorge y á la humanidad; encontrando muy tarde las ironías, las palabras, las réplicas con que debía haber aplastado á aquel necio y á aquella loca.

Apenas se oyó cerrar la puerta de la calle, Basilio se levantó cruzando los brazos.

—¿Quién es este salvaje?

—Es un muchacho médico,—balbuceó Luisa muy encarnada.

—Pero es un sér increíble, una especie de estudiante mal vestido.

—Pobre muchacho, no le sobra el dinero,—dijo Luisa turbada.

—No es necesario ser rico—replicó Basilio—para cepillarse el traje y limpiarse la cabeza y las uñas.

¡No debía ella recibir á semejante hombre! Era vergonzoso para su casa. Si era del gusto de su marido, que lo recibiera él en su despacho.

Decía todo esto paseándose á lo largo del salón, con las manos en los bolsillos, sonando el dinero y las llaves.

—¡Son buenos tipos los amigos de la casa! Tú no te has educado de esta manera. Gentes así, jamás han frecuentado la calle de la Magdalena.

Esto era verdad. Luisa convino en ello. Le pareció que los lazos del matrimonio le habían traído

algo de las familiaridades plebeyas. Pero cierto respeto por las opiniones y simpatías de Jorge le hizo decir:

—Mi marido le cree hombre de mucho talento.

—Más valdría que tuviera botas.

—Yo lo encuentro por mi parte muy ingenioso,— dijo Luisa.

—¡Es horrible, pequeñal

Estas palabras hicieron latir su corazón. Así era como la llamaba otras veces. En medio del silencio volvió á sonar la campanilla de la puerta.

Luisa se turbó. ¡Gran Dios, si fuera Sebastián! Basilio le hallaría todavía más común, más vulgar.

Juliana vino á decir que era el Consejero.

—¿Le hago pasar?

—¡Claro está!— dijo Luisa radiante.

La espetada figura de Acacio se adelantó con su levita de alpaca y su pantalón blanco bien planchado que caía sobre unos zapatos bajos con lazos.

Apenas Luisa presentó á su primo Basilio, el Consejero dijo respetuosamente:

—Ya sabía que usted había llegado. Lo he visto en las noticias interesantes de nuestra *High-life*. ¿Y Jorge?

—Jorge está en Beja y según dice en sus cartas se aburre muchísimo.

—Efectivamente—exclamó con afabilidad Basilio.

—No me formo la menor idea de lo que uno pueda hacer en Beja. ¡Debe ser horrible!

—Como toda capital de provincia—observó el Consejero pasando sobre su bigote una mano blanca, en donde resaltaba una sortija blasonada.

—Pero si en Lisboa, que es la capital del reino,— dijo Basilio, estirándose los puños de la camisa—no se sabe qué hacer... ¡Es morir de fastidio!

—No digas eso delante del Consejero,—dijo Luisa.

riendo, encantada de la afabilidad de Basilio. Es un gran admirador de Lisboa.

—He nacido en Lisboa,—dijo Acacio inclinándose—y aprecio á Lisboa, querida señora. Reconozco, sin embargo,—continuó con ingenuidad,—que no se la puede comparar con París, Londres ó Madrid...

—¡Oh! ciertamente—dijo Luisa.

—Pero—siguió el Consejero con orgullo—Lisboa tiene bellezas sin igual. La entrada de la barra, según dicen, porque yo no he estado nunca, es un panorama grandioso, rival de los de Constantinopla y de Nápoles, digno de la pluma de un Garrett ó de un Lamartine—continuó pomposamente.

Pero Luisa, temiéndose citas y apreciaciones literarias, le preguntó qué había hecho el domingo, y le contó que ella había estado en el Paseo con doña Felicidad, esperando encontrarle.

El Consejero declaró que nunca iba en domingo al Paseo. Comprendía que era muy agradable; pero el gentío le mareaba. Había notado,—y al decir esto su voz tomaba el tono de una revelación,—que muchas personas reunidas en un sitio, solían dar vértigos á los hombres entregados al estudio. Además, se lamentaba de su salud y de su trabajo abrumador. Estaba escribiendo un libro y tomaba las aguas de Vichy.

—Puedes fumar,—dijo Luisa de pronto á Basilio sonriendo.—¿Quieres fuego?

Ella misma se levantó dichosa y ligera. Llevaba una bota clara, un poco transparente, llena de fresca. Sus cabellos parecían más rubios, y su tez más fina.

Basilio encendió un cigarro, y humeándole acomodóse en el sofá.

—El Paseo en domingo es sencillamente idiota.

El Consejero, reflexionó, y repuso:

—No sea usted tan severo, señor Brito. Antiguamente, es verdad, era una diversión más agradable que hoy. Ahora nada, absolutamente nada, puede reemplazar á la música militar: además hay la cuestión del precio de entrada. Yo la he estudiado mucho. Los precios bajos favorecen la aglomeración de las clases inferiores. Lejos de mí la idea de menospreciar esta parte de la población... Mis ideas liberales son bien conocidas... Apelo á esta señora; pero, en fin, es siempre preferible encontrar una sociedad escogida. Por mi parte, no voy al Paseo, puede usted creerme, ni aun cuando los fuegos artificiales. Esas noches voy á gozar del espectáculo, pero fuera de las verjas. No es por economía, sin ser rico, puedo permitirme ese gasto. Pero temo mucho á los accidentes que suelen ocurrir en los fuegos. Podría contar á ustedes la historia de un individuo, cuyo nombre he olvidado, á quién un coheite le agujereó el cráneo. Sin ir más lejos, una pavesa puede caer en la cara, sobre un vestido nuevo... Y es bueno ser prudente—terminó resumiendo y limpiándose la boca con un pañuelo de seda de la India muy doblado.

Después hablaron de la estación: muchas personas estaban en Cintra: ¡Era tan calurosa Lisboa en verano! El Consejero declaró que Lisboa sólo era imponente, verdaderamente imponente cuando estaban abiertos los teatros y las Cámaras.

—¿Qué es lo que tocabas en el piano cuando llegué?—preguntó Basilio.

—Si estaban ustedes haciendo música,—dijo en seguida el Consejero—suplico que sigan... Hace dieciocho años que soy abonado constante de San Carlos...

—¿Es usted músico?—interrumpió Basilio.

—Lo fuí, no lo niego. Cuando era joven tocaba la flauta. Tontunas de muchacho—dijo con un gesto bondadoso.—¿Tocaba usted algún trozo nuevo, Luisa?

—No; por el contrario, una cosa muy antigua: *La hija del pescador*, de Meyerbeer.

Luisa cerró las ventanas y se sentó al piano.

—Sebastián toca esto á la perfección. ¿Verdad, Consejero?

—Nuestro Sebastián—respondió el Consejero con autoridad—es un rival de Thalberg y de Listz. ¿Le conoce usted?—preguntó dirigiéndose á Basilio.

—No, no le conozco.

—Una perla.

Basilio se aproximó lentamente al piano con las manos en los bolsillos.

—¿Tú, todavía cantas?—le preguntó Luisa sonriendo.

—Cuando estoy solo.

El Consejero entonces le pidió una canción. Basilio se echó á reír. Temía escandalizar á un antiguo abonado de San Carlos.

El Consejero le animó. Decíale paternalmente:

—¡Valor, señor Brito! ¡Vamos, valor!

Luisa preludeó. Basilio dejó oír su voz llena y bien timbrada, resonaban en el salón sus notas altas. El Consejero escuchaba atentamente. Su cabeza parecía inclinada bajo el peso de su responsabilidad de juez. Sus anteojos oscuros se destacaban bajo la calva frente que el calor hacía más pálida.

Basilio cantaba con una melancolía grave y apasionada la primera frase de la canción:

*Igual que el mar sombrío
Mi corazón es hondo.*

Un poeta, con una dedicatoria misteriosa, había traducido los versos en el *Almanaque de las Damas*. Luisa los copiara entre las líneas de la música. Basilio, inclinándose para leer en el papel, cantaba:

*Hay tempestad arriba...
Y perlas en el fondo.*

Los expresivos ojos de Luisa se fijaban en la música, ó por momentos se dirigían á Basilio con rapidez. Cuando la nota final la prolongó, como la llamada de un amor suplicante, Basilio dió á su voz el acento de la invocación:

*¡Ven! ven
A posar, mi bien amada,
Tu corazón junto al mío...*

Sus ojos se fijaron sobre ella con una expresión de deseo tan ardiente, que el pecho de Luisa se agitó, y sus dedos se atropellaron sobre el teclado.

El Consejero aplaudía.

—¡Una voz admirable! ¡admirable!

Basilio dijo que estaba verdaderamente avergonzado.

—No, caballero, no—protestó el Consejero, levantándose.—Tiene usted una excelente voz. Diré más, la mejor garganta de nuestra sociedad.

Basilio rió, y dijo que puesto que les complacía oírle, iba á cantar un danzón brasileño. Sentóse al piano, y después de preludiar algunos compases de ritmo dulce y de un balanceo tropical, cantó:

*Soy negra, pero mi pecho
Siente más que un pecho blanco.*

—Esto hacía furor en las reuniones de Bahía, cuando yo partí,—dijo, interrumpiéndose.

Era la historia de una negrita, nacida en una plantación, que cantaba con un lirismo de almanaque su pasión por un plantador blanco.

Basilio parodiaba el tono sentimental de las jóvenes de Bahía, y su voz tomaba un timbre cómico cuando cantaba el ritornelo lacrimoso:

*Y la negrita fija á lo lejos
sus ojos negros llenos de afán.
Entre el follaje del cocotero
de cientos de aves suena el cantar.*

El Consejero encontró deliciosa aquella música. A propósito de la canción deploraba la suerte de los esclavos. Sus amigos del Brasil le aseguraban que los negros estaban muy bien tratados. ¡Pero, en fin la civilización es la civilización! El esclavo es una plaga. El tenía una gran confianza en el Emperador...

—Monarca de una rara inteligencia—añadió respetuosamente.

Tomó su sombrero é inclinándose, juró que hacía mucho tiempo que no había pasado una mañana tan agradable. Para él no había nada comparable á la buena sociedad y la buena música.

—¿Dónde está usted hospedado, señor Brito?

—En el Hotel Central: pero ¡por Dios! le suplico que no se moleste.

El Consejero manifestó que nada le impediría cumplir su deber y lo cumpliría. No tenía influencia, según sabía Luisa; pero si Basilio tenía necesidad de algo, de unas señas, una presentación en las regiones oficiales, su permiso para visitar algún establecimiento público, se ponía á sus órdenes.

—Calle de Ferregial alta 3, 3.º—dijo estrechando la mano de Basilio.—La modesta cabaña de un er-

mitaño.—Y volviéndose á Luisa, prosiguió:—Cuando escriba usted á nuestro viajero, hágale presente mis sinceros deseos por el resultado de sus empresas. Servidor de ustedes:

Y erguido y grave, salió.

—Al menos este es más limpio,—murmuró Basilio con el cigarro en un extremo de la boca.

Luego, sentado al piano, dejó correr sus dedos por el teclado. Luisa se aproximó.

—Cántame algo,—dijo.

Basilio la miró fijamente.

Luisa enrojeció y sonrió vagamente; á través de la tela clara y transparente de su vestido, se entreveía la blancura mate del cuello y de los brazos; en sus ojos, en su boca, en la blancura nevada de sus dientes, brillaba una fiebre de vitalidad amorosa.

Basilio le dijo en voz baja y con emoción:

—Estás más bella que nunca, Luisa.

Su mirada ávida le turbaba.

—Cántame alguna cosa,—repitió ella apoyando sus dedos en las teclas del piano y con el seno palpitante.

—Canta tú,—murmuró Basilio.

Este continuaba mirándola fijamente. Lanzó un suspiro y le cogió las manos. Las dos manos temblorosas y húmedas se unieron.

Sonó la campanilla.

Luisa retiró bruscamente su mano.

—Alguien viene,—dijo agitada.

Se oyó hablar en la puerta en voz baja.

Basilio alzó los hombros, demostrando su enojo, y fué á tomar su sombrero.

—¡Cómo ¿Te vas?—dijo Luisa con pena.

—¡No se puede estar á solas contigo ni un momento!

La puerta exterior se cerró con estrépito.

—No es nadie, se han ido,—dijo Luisa.

Los dos se hallaban de pie.

—¡Basilio, no te vayas!

Sus hermosos ojos tenían la expresión de una dulce súplica. Basilio dejó el sombrero sobre el piano, mordiéndose el bigote de un modo nervioso.

—Pero ¿quieres estar solo conmigo?—murmuró Luisa conmovida.—¿Qué te importa que vengan visitas?

Con un movimiento brusco, Basilio pasó el brazo por el talle de su prima y atrayendo hacia sí su cabeza, la besó con furor en los ojos y en los cabellos.

Ella huyó de tal opresión con los ojos brillantes y el rostro de color de escarlata.

—Perdóname,—dijo él con un movimiento apasionado;—he obrado sin reflexión. ¡Es que te adoro, Luisa.

Hablaba con exaltación sincera, tomándole las manos con autoridad, casi con derecho.

—No. Es preciso que me escuches. Desde el primer día que te volví á ver estoy loco por ti, exactamente igual que en otros tiempos; jamás he dejado de adorarte, pero carecía de fortuna, bien lo sabes, y ¡yo quería hacerte rica y dichosa! Yo no podía llevarte conmigo al Brasil. Esto hubiera sido matarte, amor mío. ¡Tú no imaginas lo que es ese país! Por eso fué por lo que te escribí aquella carta; ¡pero cuánto he sufrido y cuánto he llorado!

Luisa, con la vista fija en el suelo y la cabeza baja, escuchaba inmóvil esta voz ardiente y fuerte que le traía un soplo de amor, dominándola y vencíendola; las manos de Basilio transmitían á las suyas un calor febril y en un estado de laxitud; le parecía que iba á dormirse.

—Habla, responde,—dijo él con ansiedad, sacu-

diéndola las manos y buscando su mirada con avidez.

—¿Qué quieres que te diga?—respondió Luisa adormecida.—¡Hablemos de otra cosa!—dijo volviendo la cabeza y suspirando.

—¿Por qué, por qué?—preguntó Basilio.

—No, Basilio, déjame.

Su voz tenía el acento de una plegaria y la dulzura de una caricia.

Entonces, sin vacilar, la cogió en sus brazos.

Luisa estaba inerte, con los labios pálidos, los ojos cerrados y Basilio sosteniéndola la cabeza, se inclinó, besándola dulcemente los párpados, la cara y la boca largamente: sus rodillas se doblaban y sus labios se entreabrían.

Pero, de pronto, su cuerpo se enderezó, se alejó y exclamó con desesperación:

—¡Déjame, déjame!

Con una fuerza nerviosa se desasíó, rechazándole, pasándose las manos por la frente y por los cabellos, con la mirada espantada.

—¡Oh, Dios mío, esto es horrible... déjame!

Basilio se aproximó, con los dientes apretados, pero Luisa retrocedió.

—¡Vete!... ¿Qué quieres? ¡Vete!... ¿Qué haces aquí? ¡Déjame!...

Basilio, tranquilizándose súbitamente, le dijo con tierno reproche que no comprendía por qué se incomodaba. Un beso. ¿Qué era un beso? ¿Qué había ella creído? Es cierto que la adoraba, pero con un amor puro.

—¡Te lo juro!—dijo con fuerza, golpeándose el pecho.

La hizo sentar en el sofá y sentándose él también á su lado, le habló razonablemente.

El se resignaría; las circunstancias lo exigían. Tendrían una amistad fraternal, nada más.

Luisa le escuchaba con abandono.

—Es cierto,—decía Basilio,—que esta pasión era una tortura espantosa. Pero era fuerte y se dominaría. Solamente deseaba verla, hablarla. Sería un amor ideal.

Le volvió la mano, se inclinó y le dió un beso en la palma.

Luisa se levantó temblorosa y dijo:

—¡No, vete!

—Está bien, adiós.

Se levantó con un gesto resignado y triste.

—Adiós,—repitió melancólicamente, pasando con lentitud la mano por la seda de su sombrero.

—¡Adiós!

—¿Estás enfadada?—dijo Basilio con ternura.

—No.

La mirada de Basilio brilló.

—Escucha,—murmuró aproximándose.

Luisa golpeó el suelo con el pie.

—¡Oh, qué hombre! ¡Déjame! ¡mañana! ¡Adios, vete! Hasta mañana.

—Hasta mañana,—dijo con dulzura Basilio, y salió.

Luisa volvió á su cuarto, nerviosa. Al mirarse al espejo quedó extrañada; nunca se había visto tan linda.

Dió algunos pasos en silencio.

Juliana arreglaba ropa blanca en los cajones de la cómoda.

—¿Quién ha llamado hace poco?—preguntó Luisa.

—El señor Sebastián. No ha querido entrar. Ha dicho que volverá.

Efectivamente, había dicho que volvería; pero casi empezaba á darle vergüenza venir todos los días y hallarla siempre con visita.

En el primer momento se sorprendió, cuando Juliana le dijo:

—Está con un señor. Un joven que vino ayer.

¿Quién podía ser? El conocía á todos los amigos de la casa.

Sería algún empleado del Ministerio ó algún propietario de minas. El hijo de Alonso tal vez, para un negocio de Jorge, con seguridad.

Después, el domingo por la noche, al ver las ventanas del salón á oscuras, se sintió apesadumbrado. Llevaba la partitura de *Romeo y Julieta*, de Gounod, que Luisa deseaba estudiar, y, cuando Juliana, desde el balcón, le dijo que su señora había salido en coche con doña Felicidad, quedó preocupado, acariciándose lentamente la barba. Recordó el entusiasmo de doña Felicidad por el teatro de Doña María. ¿Habían ido con aquel calor de Julio? En fin, todo era posible. Se fué á Doña María.

El teatro, casi vacío, estaba lúgubre. En los palcos se veían algunas familias que disfrutaban melancólicamente de aquella noche dominguera. Los niños dormían apoyados en el antepecho, forrado

de gutapercha encarnada. En las butacas, contados espectadores escuchaban con aire adormecido, enjugándose de tiempo en tiempo, con pañuelos de seda, el sudor de la frente; la lucerna esparcía una luz soñolienta. Todo el mundo bostezaba. La escena representaba un salón de baile, decorado de amarillo. Un viejo hablaba sin descanso, con la monotonía del agua que cae de una fuente, á una mujer delgadísima, de cabellos rizados. En la orquesta los músicos dormían.

Sebastián salió. ¿Dónde podrían estar? Al día siguiente lo supo. Bajaba por la calle del Molino de Viento, cuando su amigo Netto, que subía en dirección contraria, con el cigarro humeando como una chimenea, bajo el bigote canoso, le detuvo bruscamente:

—Dispéñeme la curiosidad.

—¡Oh, amigo Sebastián! Ayer vi en el Paseo á doña Luisa con un joven que yo conozco, pero no sé dónde le he visto. ¿Quién es?

Sebastián se encogió de hombros. El otro añadió:

—Un joven alto, guapo, con aire de extranjero. Yo le conozco. El otro día le vi entrar en casa del ingeniero. ¿No sabe usted quien es?

Sebastián no lo sabía.

—Conozco esta figura. Trato de recordar...

Y se pasaba la mano por la frente.

—Le conozco, es de Lisboa.

Después de un momento de silencio, siguió:

—¿Y que hay de nuevo, Sebastián?

Sebastián nada sabía.

—Tampoco yo. ¡Todo son mentiras! ¡Adios!

Aquel día á las cuatro volvió á casa de Luisa. Esta estaba con el señor. Salió preocupado. Seguramente se trataba de algún negocio de Jorge, porque no comprendía que ella hablara, sintiera ni viera

más que en interés de la casa y para la dicha de Jorge. Pero el negocio debía ser muy grave, para originar tantas visitas, tantos encuentros y tanto trato. ¿Tendrían negocio de interés y él no sabría nada? Eso le parecía una ingratitud y una disminución de su amistad.

Su tía Juana notó que tenía *algo*.

—Dolor de cabeza—dijo él.

Aquella noche durmió mal.

Al día siguiente, supo que aquel señor era el primo Basilio, Basilio de Brito. Su inquietud se disipó; pero un temor mas definido se apoderó de él.

Sebastián no conocía á Basilio personalmente, pero sabía la crónica de su juventud: Ciertamente no se hallaba en ella, ni escándalo excepcional ni novela picante. Basilio había sido solamente un vidor, y como tal había pasado metódicamente por todos los episodios clásicos de la vida de Lisboa: partidas de juego de monte hasta la madrugada con los ricachos de Alentejo: un coche hecho pedazos, un sábado á la salida de los toros; comidas frecuentes con alguna Lola y una ensalada de langosta: algunos toros cogidos por los cuernos: aplausos en el Circo de Salvatierra ó en Alhandra: noches pasadas con guitarristas en las tabernas, comiendo bacalao y bebiendo Colares, y una profusión de huevos de harina tirados á la cara de un municipal durante el Carnaval. Las únicas mujeres que aparecían en su historia además de las Lolas y Cármenes, era la Pistelli, bailarina alemana de piernas de atleta, y la condesita Albini; una loca, gran amazona, que estaba separada de su marido después de haberle pegado y que se vestía de hombre para conducir un coche desde Rocío hasta Da-Fundo. Eso bastaba para que Sebastián le mirara como un calavera, un perdido. Había oído decir que tuvo que marchar al Bra-

sil, huyendo de sus acreedores y que por casualidad se había enriquecido en una especulación en el Paraguay; que ni en Babia, donde la miseria le había puesto una cuerda al cuello, se había dedicado á trabajar; y suponía que el poseer una fortuna, sería un medio de desenvolver sus vicios. Este hombre venía todos los días á ver á Luisa, estando con ella horas y horas, acompañándola al paseo...

¿Para qué?... Para seducirla; era evidente.

Bajaba por la calle abrumado bajo el peso de esas ideas, cuando una voz ronca le dijo respetuosamente:

—¡Señor Sebastián!

Era Paulo el vendedor de muebles.

—Salud, señor Juan.

Paulo arrojó á las piedras de la calle una saliva negruzca y con las manos cruzadas por debajo de los faldones de su larga casaca, le dijo con tono grave:

—Señor Sebastián, ¿hay algun enfermo en casa del señor ingeniero?

—No—respondió Sebastián sorprendido—¿porque? Paulo tosió, escupió y dijo:

—Es porque he visto entrar todos los días un caballero y he pensado que era el médico, alguno de esos homeópatas nuevos.

Sebastián se puso encarnado.

—No—respondió—es el primo de doña Luisa.

—¡Ah!—dijo Paulo—Pensaba... Dispéñeme, señor Sebastián.

Y se inclinó respetuosamente.

—Ya tenemos habladurías,—pensaba Sebastián al alejarse.

Volvió á su casa descontento.

Vivía á lo último de la calle, en una casa *suya*, de antigua construcción, con jardín.